

monial en sentido pleno era la no cohabitación, permaneciendo los dos en las respectivas casas paternas. En este periodo estaban prohibidas las relaciones íntimas, sobre todo en Galilea, donde se hallaba vigente una moral más rígida que en Judea. Durante este periodo María concibió a Jesús. El texto evangélico se expresa así: «María, su madre, estaba desposada con José y, antes de que vivieran juntos, se encontró encinta por virtud del Espíritu Santo» (v. 18).

El segundo momento se situaba tras doce meses, cuando se completaba la celebración del matrimonio con la introducción de la esposa en casa del esposo (*nissuin* = introducción) y con una fiesta que se podía prolongar incluso algunos días. En este momento comenzaba la vida matrimonial a título pleno. El nacimiento de Jesús tuvo lugar durante este segundo momento. La edad de la esposa se encontraba, normalmente, entre los trece/catorce años, y el esposo la superaba por poco, si hemos de creer la advertencia rabínica: «¡Desgraciado el joven que a los veinte años no se ha casado todavía!». No existe ninguna razón para pensar que María y José derogaran la regla general.

29

### **El papel del Espíritu Santo**

El evangelista se expresa muy claramente, para excluir una intervención masculina en la concep-

ción de Jesús: «El nacimiento de Jesucristo fue así: María, su madre, estaba desposada con José y, antes de que vivieran juntos, se encontró encinta por virtud del Espíritu Santo» (v. 18); «José, hijo de David, no tengas ningún reparo en recibir en tu casa a María, tu mujer, pues el hijo que ha concebido viene del Espíritu Santo» (v. 20); «[María], sin haber tenido relaciones, dio a luz un hijo, al que él puso por nombre Jesús» (v. 25). ¿Tal vez el evangelio se alinea con los relatos mitológicos, que hablan, con frecuencia, del nacimiento de héroes de un dios y de una mujer (Minos, Esculapio, Rómulo y Remo, etc.)? Ciertamente no, y lo afirmamos con tanta seguridad por dos motivos. El primero se encuentra en el término *espíritu*, de género femenino en hebreo/arameo (*ruah*) y de género neutro en griego (*pneuma*). Por tanto, para los lectores u oyentes de lengua semítica o griega no era posible admitir «la copia», como nos ocurre a nosotros, que podríamos combinar el género femenino (María) y el masculino (Espíritu). El segundo motivo se encuentra en los mismos textos evangélicos citados. Estos expresan sólo el origen misterioso de Jesús, sin aludir a la forma ni, mucho menos, dejando entender que el Espíritu haya sustituido al elemento masculino.

El Espíritu indica la fuerza creadora (cf Is 32,15; He 1,8), la novedad que el hombre puede acoger sólo como don. En la tradición se habla de la Virgen santificada por el Espíritu (san Cirilo de Jerusalén) o de Jesús, que da inicio a la nueva hu-

manidad porque viene de Dios (san Ambrosio) y, sólo tardíamente, quizá por primera vez con san Francisco, María se define como «esposa del Espíritu Santo», haciendo uso de un lenguaje teológico y místico. El evangelio de Mateo insistirá en el reconocimiento de la paternidad divina de Jesús (cf Mt 2,11; 3,17; 4,3.6; 14,33; 17,5).

### **El papel de José**

No faltan quienes hacen de José una contrafigura, una persona tan descolorida que parece insignificante, reducido como queda a ejecutor mecánico de órdenes impartidas. La acusación se revela superficial, apresurada e injusta. José es un hombre que piensa, que reflexiona sobre qué hacer cuando se presentan situaciones nuevas y embarazosas; como el embarazo de su mujer que, sin embargo, aún no vive con él: «José, su marido, que era un hombre justo y no quería denunciarla, decidió dejarla en secreto. Estaba pensando en esto...» (vv. 19-20). El comportamiento de José ha permanecido como un enigma hasta hoy, quizá porque el evangelista no se ha excedido en detalles y nos faltan algunas piezas del mosaico interpretativo. Sobre todo, crea dificultad el atributo de «justo», que ha puesto en movimiento la rueda de las hipótesis.

Algunos autores, a partir de Justino en el siglo II, argumentan de la siguiente manera: José

considera a María una esposa infiel y se manifiesta justo, es decir, observante de la Ley, al rechazar a su mujer; su justicia queda mitigada por la bondad y, por eso, actúa secretamente, evitándole la lapidación (cf Dt 22,23-26). Nos preguntamos: ¿es el Evangelio el escaparate de las virtudes de José en perjuicio de María? ¿Hasta dónde puede llamarse justo, es decir, observante de la Ley, un hombre que «trabaja bajo agua»? Si está convencido de la culpabilidad de María, ¿que lo diga abiertamente! Si no lo hace, ¿quizá bondad y Ley son alternativas? Los antiguos ya habían recorrido un camino diferente por estas y otras dificultades.

Orígenes considera que José no sospechaba la infidelidad de María, sino que conocía el misterio que se estaba cumpliendo en ella y, justo como era, es decir, temeroso de Dios, no quería hacer suyo lo que pertenecía a Dios. Despachar a María no significaba tanto alejarla de él cuanto alejarse él mismo del misterio de María. No podemos decir cómo y cuándo supo José del misterio. Ciertamente, para el lector no es una novedad, pues el evangelista dice cómo son las cosas desde el principio. Como consecuencia, quien lee no debe plantearse problemas angustiosos sobre José, sino estar atento a su reacción. Él es presentado como un hombre reflexivo, ocupado en tomar una decisión. En ese momento, Dios interviene por medio de su ángel y le expone una forma nueva de presencia, una forma nueva y original de relacionarse con María

y con el que había de nacer. José, que acepta el plan de Dios. Sometiendo su programa a la voluntad de Dios, se pone en la línea de los justos del Antiguo Testamento, los dispuestos a hacer suyas las decisiones divinas, como el «justo» Noé (cf Gén 6,9). El respeto a Dios y la amorosa ejecución de sus proyectos constituyen la justicia de José, la preciosidad de su papel insustituible dentro de la sagrada Familia. «Cuando José despertó del sueño, hizo lo que le había mandado el ángel del Señor y recibió en su casa a su mujer. Y sin haber tenido relaciones, María dio a luz un hijo, al que él puso por nombre Jesús» (vv. 24-25).

José, igual que María, acepta colaborar en la historia de la salvación. A él le corresponde acoger a María en su casa, formalizando así la segunda fase del matrimonio y asegurándole a la familia una «normalidad externa», hasta el punto de que en el pueblo de Nazaret nadie la consideraba una familia distinta. Al aceptar dar el nombre al niño de María, José cumple la misión jurídica que corresponde hoy al padre que firma la partida de nacimiento de un niño: con este gesto, el hijo se convierte en tal a todos los efectos jurídicos y es reconocido como miembro de esa familia. José, al imponerle el nombre a Jesús, inscribe con ese acto mismo al niño en su familia. Así, Jesús podrá decirse legítimamente descendiente de David. Respecto a él, José será padre, aunque no progenitor. Como padre, ejercerá para con él la patria potestad y tendrá derechos y deberes hacia su hijo.

Así queda explicado el enigma de la genealogía, que nos dejaba perplejos, porque Jesús no era, de hecho, hijo de José y, por tanto, no podía ser descendiente de David. Sólo el reconocimiento y la acogida en la familia de José le permitieron a Jesús ser un descendiente legítimo de David: «Genealogía de Jesucristo, hijo de David» (v. 1).

#### Valor de una cita

34

En el fragmento de Mateo, la cita del profeta de sarrolla un papel de primer plano. Ha de subrayarse que el texto hebreo de Is 7,14 habla de «joven mujer» (*almah*) y jamás el mundo judío había pensado en un nacimiento virginal del Mesías. A la luz de los hechos, Mateo, al releer las Escrituras, encuentra que la traducción griega (llamada de los Setenta) del pasaje isaiano, que refiere «virgen» (*parthenos*) en lugar de «joven mujer», con lo que se presta bien a ilustrar la realidad. El evangelista aplica aquí el método que Jesús inauguró con los discípulos de Emaús: leer el Antiguo Testamento a la luz de Cristo. El cambio es radical y fuertemente innovador: ya no se parte de la Escritura para aplicarla a la vida del pueblo, sino de la vida de Cristo para ver en ella el cumplimiento de la palabra de Dios. La cita bíblica se convierte en una clave de lectura e, indirectamente, en una confirmación. Así tiene lugar la unión entre el Antiguo y el Nuevo Testamento, como

san Agustín precisará a continuación: «El Nuevo Testamento está escondido en el Antiguo, mientras que el Antiguo se desvela en el Nuevo».

### **Una extraña pero verdadera familia santa**

Lo extraño de esta familia es que el hijo determina la vida de sus padres incluso antes de nacer. Ellos modifican y orientan sus existencias según él. Inmediatamente, es evidente que el hijo es el personaje principal, el elemento que polariza de inmediato el discurso; así pues, también nuestra relectura debe dejar que emerja la centralidad de Jesús.

José y María, cada uno en su propia especificidad y juntos complementariamente, favorecen la acogida a Jesús. Modifican su situación inicial con vistas a él, comprenden y realizan su vocación con amorosa fidelidad: José será padre, pero no progenitor; María será madre y progenitora. Nos explicaremos mejor.

*José, padre pero no progenitor.* El fragmento presenta la situación inicial anómala de José y de María y la comprensión progresiva de su vocación a la luz de Jesús. El mensaje angélico ayuda a José a comprender que el niño de María ha sido concebido por obra del Espíritu Santo y lo invita a colaborar en el plan divino. A él le corresponde acoger a María en su casa, formalizando la segunda fase del matrimonio judío. Queda constituida la base para

que pueda existir la familia de Nazaret. Al aceptar dar el nombre al niño de María, José cumple el acto jurídico de acogida. Con este gesto, el hijo es reconocido a todos los efectos como miembro de la familia y podrá decirse descendiente de David a título pleno. Por eso, José es padre, no progenitor.

*María, madre y progenitora.* Aclarada la posición de José, se entiende también mejor la de María, esposa de José y madre de Jesús. Precisamente a la vista de esta maternidad, está llamada a permanecer prodigiosamente virgen. La virginidad es el espacio de amor que permite al Hijo de Dios hacerse hombre, es la respuesta libre y gozosa de la persona humana asociada al misterio de Dios. El niño que nacerá será, al mismo tiempo, Hijo de Dios e hijo de María. Hijo de Dios por la misteriosa acción creadora del Espíritu Santo, hijo de María porque ella lo lleva en su seno y lo genera. La presentación de María como madre y como progenitora sin colaboración humana tiene su fundamento en la cita de Isaías: «La Virgen concebirá y dará a luz un hijo» (Is 7,14; Mt 1,23). Por tanto, María es presentada como la *Virgen Madre*. La virginidad no es un privilegio que guardar para ella misma, sino la condición de ejercicio de la maternidad, un título de servicio al niño que lleva en su seno. La cita bíblica ofrece una clave de lectura para entender el misterio de Jesús y, consecuentemente, el de aquella que es llamada «su madre».

Un eco de la maternidad virginal atraviesa todo



el segundo capítulo, en el que en cinco ocasiones se habla de María, presentándola siempre como «su madre». Después de saber lo ocurrido en Mt 1,18-25, no es difícil entrever en ese título un indicio sutil de la relación única que une a María con Jesús, un recuerdo delicado y continuo de la situación de aquella. La referencia a la madre sola es aún más especial si pensamos que nunca, salvo por motivos excepcionales y graves, se llamaría a nadie «hijo de la madre». Lo confirman Mt 20,20 y 27,56, donde Santiago y Juan son llamados «hijos de Zebedeo», y su madre, «madre de los hijos de Zebedeo», casi como si no fueran sus hijos.

Mateo, al presentar a la *Virgen Madre*, recuerda el servicio eclesial de María: el de hacer concreto en la historia al Emmanuel, al Dios que, desde ese momento, estará siempre con nosotros (cf 28,20).

### **Del texto a la vida**

*Las preguntas siguientes están pensadas, en primer lugar, para personas casadas.*

37

1. ¿Nos damos cuenta, como María y José, de la presencia de Dios en nuestra vida? Aunque no tengamos comunicaciones angélicas, ¿nos damos cuenta de que Dios nos habla a través de su palabra, de la doctrina, de la moral católica, de las personas que encontramos y de

los acontecimientos alegres y tristes de nuestra vida? ¿Cuándo hemos percibido claramente su presencia? ¿Qué causas nos impiden percibirla? ¿Intentamos identificarlas y eliminarlas? ¿Consideramos nuestra oración un momento privilegiado de encuentro con el Señor y entre nosotros? ¿Practicamos la oración de pareja? ¿Estamos convencidos de que también este es un momento de diálogo fructífero porque se hace *con* y *en el* Señor? Si viudos, ¿estamos convencidos de que el cónyuge, a quien creemos en el amor de Dios, participa en nuestra vida y se convierte en nuestro intercesor? ¿Cómo vivimos la oración de familia con los hijos?

2. La persona de José fascina y conquista. Personaje normalmente al margen de la devoción y de la atención, en este fragmento demuestra inteligencia, fe, sensibilidad y apertura a la familia que el Señor le ha preparado. En él hay una aceptación del plan divino, aunque este, quizá, rompa o modifique planes humanos. ¿Estamos atentos para cumplir siempre la voluntad divina, criterio último y definitivo de acción? ¿Estamos dispuestos a arriesgar algo, confiando en Él, en lugar de únicamente en nuestra inteligencia y en sugerencias humanas? ¿Cómo vivimos de hecho nuestra confianza en Dios? ¿Estamos convencidos de que, con Él, somos capaces de construir cosas maravillosas, en nuestra vida y en la de los demás? ¿Qué

hemos construido ya? ¿Dónde hemos temido y no arriesgado? ¿Haríamos hoy lo mismo, o estaríamos dispuestos a cambiar? ¿Cuál es nuestra opinión sobre temas candentes como divorcio, aborto, relaciones prematrimoniales, etc.? ¿Seguimos la opinión dominante, o estamos dispuestos a arriesgarnos yendo a contracorriente? ¿Cómo hemos hablado de ellos la última vez?

3. Extraña esta sagrada Familia, aparentemente «mal combinada» y, en realidad, construida por el amor de Dios y por la respuesta generosa de María y de José. ¿Estamos convencidos de que nuestro matrimonio está fundado y enraizado en el Señor? ¿Cuántas veces al día pensamos en nuestro matrimonio? ¿Qué ha pasado con el álbum de fotos? ¿Cuántas veces lo hojeamos para recordar que nuestro cónyuge es un regalo del Señor, es aquel que el Señor ha reservado para nosotros? ¿Tenemos esta lectura de fe? ¿Damos gracias al Señor por nuestro cónyuge? ¿Damos las gracias al cónyuge mismo? ¿Cuándo lo hemos hecho por última vez? ¿Se lo decimos también a nuestros hijos, favoreciendo así una verdadera catequesis sobre el matrimonio?

4. José no tiene complejo de inferioridad, ni teme «no realizarse». Acepta de buen grado hacer lo que el Señor le propone. Asume el papel de guía de la familia, aun siendo, objetivamente,

el menos importante. ¿Cuándo y cómo reivindicó mi papel en la familia? ¿Tengo complejo de inferioridad/superioridad? ¿Creo identificarlo, reflejándome en mi cónyuge, dejándome ayudar por él? ¿Estoy convencido de que la igualdad está en la dignidad común, reconocida y vivida, y no en el ejercicio de los mismos papeles? Como pareja, ¿hacemos de la oración un tesoro para conocernos mejor a la luz de Dios? ¿Estamos convencidos del valor de la meditación (aunque sea sólo diez minutos al día, sobre un fragmento del Evangelio) y del examen de conciencia (valoración diaria de lo positivo y negativo), mejor aún si se hace en pareja? ¿Cómo y cuándo celebramos el sacramento de la penitencia, medio privilegiado para mirarnos en el espejo del Señor y obtener de Él el perdón y la fuerza para retomar con alegría nuestra aventura de familia?

5. La santa Familia vive su excepcionalidad en la normalidad de lo cotidiano. Nadie se da cuenta de nada. ¿Somos capaces, también nosotros, de vivir la gracia del matrimonio (incluso de la situación de viudedad) en una vida formada por muchos gestos cotidianos, comunes pero ricos en valor porque se realizan con amor? ¿O bien pensamos que son necesarias las solemnidades de algunos momentos, la coreografía de las grandes ocasiones y el ruido de la publicidad? ¿Cómo y cuánto hemos crecido como

pareja desde el día de nuestro matrimonio o, también, solamente en este último año?

6. Mirando a la santa Familia, ¿qué sugerencias tenemos para darle gracias al Señor por nuestra familia? ¿Qué nos proponemos para el futuro próximo? ¿Y para el remoto?